

Se sabe que el oído humano, gracias a la civilización, ha degenerado o se ha atrofiado hasta un límite que causaría, en ciertos animales -- y dado que esos animales pudieran apreciar esa decadencia -- el más grande de los menosprecios hacia el rey de la creación. Pero, aunque el hombre, que no necesita ya cazar ni estar al acecho o a la espera de enemigos humanos o animales, haya perdido la facultad de percibir los pequeños ruidos, el oído continúa siendo uno de sus órganos más delicados y el que está expuesto con más asiduidad, gracias a esa misma civilización, a las pesadas molestias, pues la civilización, que ha traído el confort y con ello un mayor sedentarismo del hombre, ha traído también los grandes ruidos, los espantosos ruidos, que empiezan con las bocinas de automóviles, siguen con los silbidos ~~www.pwncw.com~~ de las máquinas ~~www.pwncw.com~~ y terminan con las terribles explosiones de las bombas. Por este camino, llegará día en que el hombre no sólo no lamentará haber perdido gran parte de su poder auditivo sino que rogará quedarse del todo sordo.

Un gran ruido inesperado puede matar a una persona con mucha mayor eficacia que un ataque cardíaco o uno anginoso. (Guillermo Enrique Hudson, en su libro "Una cierva en el Parque de Richmond", cuenta el caso, narrado por los periódicos de Londres, de la muerte repentina de un niño que jugaba sobre una alfombra, a los pies de su padre, que leía allí el diario: a raíz de un fortísimo estornudo del padre, el niño, que era vigoroso, se desplomó, muriendo casi instantáneamente. El caso, claro está, es inaudito y se presta a largas discusiones, pero, sea como sea, es cierto.) Durante la guerra civil española, en una de las estaciones del metropolitano de Madrid estalló un depósito de explosivos. La vibración, corriendo a través del túnel, mató a toda la gente que halló a su paso, muy poca por suerte, pues eso ocurrió en momentos en que el metro no funcionaba. ¿Para qué hablar de los millares de personas que durante esta guerra habrán muerto gracias únicamente a las explosiones de las poderosas bombas de dos mil y cua

tro mil kilos? El hombre ha ganado en confort, pero, al mismo tiempo, ha ganado en ruidos.

A propósito de ruidos y sonidos, un amigo mío, muy dado a las especulaciones atrabiliarias, me decía hace poco:

--¿NO creestú que la Tierra, al correr por el espacio, debe provocar, al rozarse con el éter, un ruido de los mil demonios?

--¿Y cómo no lo sentimos?

--Porque la velocidad de desplazamiento de la Tierra es superior a la velocidad de desplazamiento del sonido: la Tierra corre a razón de treinta kilómetros por segundo; el sonido, en cambio, sólo a trescientos cuarenta metros. ¿Te imaginas el ruido que produce -- si es que lo produce --, al correr a tal velocidad, una masa como la de la Tierra? Muchas veces me he preguntado si la gente que se cae muerta en las calles o en sus casas, no sufre, en un momento dado, una perturbación auditiva que le permite oír ese ruido. La consecuencia es la muerte súbita.

--Es una hipótesis descebellada. C. E. L. C. H. U. C.  
Centro de Estudios de Literatura Chilena  
Sucesión Manuel Rojas ©

--¿Qué importa, si es entretenida?

Manuel Rojas